

Adeodato Simó

## ANECDOTARIO DE OTRAS EXISTENCIAS

Un tipo muy raro me visita todas las semanas. Viene al despacho y me pide que le averigüe a quién pertenecieron diversos objetos y, así lo dijo, «qué han sido en la vida de sus dueños»; me los da, me dice en qué basurero los encontró y yo tengo que apanármelas como pueda. A veces pienso si no será un psicópata de traje y corbata y guante blanco de firmar talones, pero paga tan bien y los asuntos de faldas dejan tan poco que me trae cuenta olvidar mis temores y recibirle cada viernes.

Son cosas raras, las que él me trae. La primera vez, lo recuerdo bien, me puso delante una caja con unos cincuenta o sesenta abecedarios de esos autoadhesivos a los que sólo faltaban unas pocas letras, siempre las mismas; supongo que saldría más barato comprarlas todas que comprarlas sueltas. «Investiga de quién son y qué escribía con las letra que faltan», me dijo. Y me lanzó un sobre con lo que gano yo en un mes de los buenos. Tardé dos semanas, pero al final descubrí que pertenecían a una desesperada que la había dejado el novio, y que desde entonces dedicaba sus noches a estampar «Luis te amo» por las paredes del portal de Luis, y también en su coche.

O un calendario en el que cada día estaba acompañado de una flechita hacia arriba o hacia abajo, aleatoriamente o eso parecía —aunque más flechas hacia abajo—; tan sólo el 29 de junio, san Pablo, carecía de flecha y aparecía primorosamente orlado. Me resultó imposible encontrar al dueño, pero conseguí descifrar el enigma de las flechas: hacia arriba si el santo del día iba detrás de Pablo en el santoral, o hacia abajo si iba antes. Tuve que inventarme, por tener algo más que contar a mi cliente, que este Pablo decidía su estado de ánimo de cada día en función de tal orden alfabético, y añadí que odiaba a su padre por no haberle llamado Álvaro o al menos Carlos.

Pero nada como aquellos libros con las hojas pegadas entre sí, ya sólo útiles para decorar y quizá como improvisados ataúdes de algún marca-páginas desafortunado. Una tarea, la de unir cada par de páginas, tediosa y soporífera, pero que era la vida de un hombre acabado: a esta hoguera, cruel y a la vez sublime, iba entregando un general, o más bien cabo de otro tiempo dorado, los libros que pervirtieron a su único hijo (Marx y luego Sartre), y con la última página de *La náusea* se le acabó, a él, ya, la náusea que fue su vejez enrojecida.

La rareza del último objeto, el de esta semana, radica en no poseer ninguna: un par de guantes de ante, caros pero normales hasta el hastío: ningún dedo cortado, ninguna marca o señal ni olor alguno; parecen nuevos. A nada me han conducido mis investigaciones por el elegante barrio que me fue indicado, y ni siquiera he sabido la tienda en que fueron adquiridos: nada. Misteriosas sí fueron, en cambio, sus palabras que ahora recuerdo: «Éste es el encargo más importante que te hago, me interesa como nunca saber de este tipo.»

Hoy cuando venga habré de decirle que esos guantes están vacíos, que nada se puede saber de su dueño porque nada ha dejado impreso en ellos; quienes viven sin pasión alguna, añadiré, no dejan huella en los objetos que tocan y están condenados a vivir sin dejar rastro: no son capaces de transmitir nada propio a la materia inerte, tan débil es la fuerza que los mantiene vivos. Entonces se pondrá esos guantes, me entregará un último sobre y se irá para no volver más. Con sus guantes de ante y esa vida desapasionada que es su condena.